

D. JOSÉ BATRES Y MONTUFAR.

EL RELOJ.

PRIMERA PARTE.

Toda mujer que mucho otea ó es risueña
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue vergüena,
.....
Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada,
Nunca en la mar entraría con su nave ferrada.
Non te espante la dueña la primera vegada.

EL ARCIPRESTE JUAN RUIZ.

Aunque el aconsejar á las señoras
Lo juzgo necedad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellisimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
Y es el de que robéis algunas horas
Á la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediquéis un tanto á la lectura,
Por prevención para la edad madura.

Hermosas sois desde los pies al pelo,
Frescas, bellas, lozanas como rosas,
Vuestro color es el carmín del cielo,
Talles tenéis de ninfas y de diosas,
Etcétera: y bastante me recelo

Que, siendo tan modestas como hermosas,
Más me valiera el no deciros nada,
Pues sé que la lisonja os desagrada.

Sin embargo, cual íbamos diciendo,
Aunque tan bellas sois, vuestra hermosura
Nada puede perder, á lo que entiendo,
Por un poco de estudio y de lectura;
Mas cuando la lectura recomiendo,
No me limito á la literatura,
Pues novelas y dramas ya sospecho
Que bastantes leéis: y con provecho.

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Por qué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
Ó de qué se componen los metales:
Cosas que cada día estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamás entiendo.

Y en los libros que tratan del Gobierno,
Del Código ateniense, del romano,
Del régimen antiguo, del moderno,
Monárquico, feudal, republicano:
Cuándo debe un Congreso ser eterno,
Cómo se erige en déspota un tirano,
Qué se entiende por *Ley de garantías*,
Y por qué se ha de hollar todos los días.

Mas aquellos que tratan de la historia
Á cualquiera lectura los prefiero,
Sólo por ir grabando en mi memoria
Tanto nombre de rey, tanto guerrero,
Tanta revolución, tanta victoria,
Tanto ministro en busca de dinero,
Tantas fechas, en fin, amontonadas
Por calendas, hegiras, olimpiadas.

A las crónicas soy aficionado,
Á las de Guatemala sobre todo,
Y he grande copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo.
Ni sólo el Juarros leo con agrado:
Que también me deleitan á su modo
Ximénez, Vázquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos más, cuando los pillo.

Yo quiero demostraros que no miento
Cuando digo que es una maravilla
Lo que estos libros cuentan, y al intento,
Os voy á hacer la narración sencilla
Del lance acontecido á un avariento
Por el primer reloj de campanilla
Que vino á Guatemala.—De contado
Fué reloj muy famoso, muy sonado.

Digo que fué *sonado*; pero ruego
Que no por la campana se presuma
Que yo de intento con las voces juego,
Sino que al paso se me fué la pluma.
Un juego de palabras desde luego
Se sufre en un Congreso; mas en suma,
Hace muy poco honor á cualesquiera
Que tenga alguna sal en la mollera.

Toda andaba la gente alborotada
Por ver aquella alhaja prodigiosa:
Unos decían «¡obra delicada!»
Decían otros «¡máquina curiosa!»
Otros en baja voz «no vale nada»,
Como sucede con cualquiera cosa:
Y su dueño con mucha cortesía,
«Está á la orden de ustedes», les decía.

Don Alejo Veraguas era el dueño,
Que aunque había nacido en Comayagua,
Se decía Asturiano ó Extremeño

Porque su tío don Martín Veragua,
Á Portugal se lo llevó pequeño,
Y después á Gijón—á lengua de agua—
Y allí se estuvo hasta que muerto el tío
Por la Habana se vino en un navío.

Por lo cual á pesar de ser *guanaco*,
En su modo de hablar era europeo,
Y además, tan galán, tan currutaco,
Que nadie le igualaba en un paseo:
Á la verdad, era un poquillo flaco,
Y visto de perfil era algo feo,
Y algo pecoso, y le faltaba un diente;
Mas era muy buen mozo: muy decente.

Tanto que en aquel tiempo las señoras,
Máxime las viudas y solteras,
Se morían por él, y á todas horas
Andábanse por verle á las carreras:
No harían otro tanto mis lectoras,
Que ni curiosas son ni noveleras;
Mas era entonces diferente todo
Y así las cosas iban de otro modo.

Cuál su garbo elogiaba y su despejo,
Cuál su buen gusto y su vestir prolijo,
Va Don Alejo y torna don Alejo,
Don Alejo hizo, don Alejo dijo:
¿Había algún convite, algún festejo?
Con él antes contaban; era fijo:
Y los hombres tomándolo á sonrojo
Comenzaron á verle de reojo.

Mas le hacían propuestas cada día
Por el reloj, ya en cambio, ya en dinero:
Este doscientos pesos le ofrecía,
Aquel diez onzas y un caballo overo,
Quien una rifa en tercio proponía,
Quien un catre, un tremol de cuerpo entero,

Una frasquera de cristal completa,
Un busto de Nerón y una escopeta.

Don Alejo inflexible se mostraba
Sin admitir contrato ni propuesta:
Al del caballo overo contestaba
«Tengo caballo». Al otro por respuesta
Decía «Tengo espejo», y acababa
Por decirles á todos, «más me cuesta:
Trescientos pesos me costó sin sellos
Y después un anillo dí por ellos.»

Pero después de tanto defenderlo
De cambios y de rifas, ¿quién dijera
De qué manera al fin vino á perderlo?
En igual caso yo, si mío fuera,
No queriendo trocarlo ni venderlo,
Con muchísimo gusto lo perdiera:
Por salvar el honor de mi querida,
No digo mi reloj: diera la vida.

Don Alejo era mozo muy amable,
De buena educación, de buenos modos,
Mas tenía un defecto bien notable
Que con razón le criticaban todos.
Por la menor cuestión sacaba el sable,
Y siempre se metía hasta los codos
En negocios de intrigas y de amores,
De los cuales contaban mil horrores.

Decíase que á un cierto Timoteo,
Marido de una linda tocoyana,
Halló medio de enviarle de correo
Por pasarse con ella la semana.
El lance ¡vive Dios! estuvo feo,
Y después de conducta tan villana
Siempre que se acordaba del asunto
En carcajadas prorrumplía al punto.

De cada nuevo amor, cada conquista,
Cada beldad que á su pasión rendía
Iba apuntando el nombre en una lista
Que debiera llamarse letanía.
Era muy socarrón, gran pirronista
Y á todas las mujeres las tenía
En concepto de falsas, caprichosas
Y de..... que sé yo cuántas otras cosas.

Se ve que era un insigne libertino
Que siempre del amor había hablado
Como de una botella de buen vino,
De un plato de perdiz ó de pescado.
Al cabo castigóle su destino;
Y aquel soberbio corazón osado,
Que jamás doblegaba la cabeza,
Cayó redondo al pie de una belleza.

Era por aquel tiempo alférez real
De la *Noble Ciudad de Goathemala*,
Don Cornelio Peleznez del Cabral,
Bajo cuyo apellido le señala
Un viejo cronicón municipal;
Mas él dejó el Peleznez por la mala
Pronunciación, que daba muchas veces
Ocasión á llamarle Pelanueces.

Por tanto conservó el apelativo
De Cabral, sin Peleznez, liso y llano:
Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual: algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sinvergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulator completo,
Por lo demás, bellísimo sujeto,

Sólo sí le tachaban una cosa
Que era el ser muy judío, muy avaro,
Excepto, sin embargo, con su esposa

Que siendo una mujer de ingenio raro,
Joven, alegre, antojadiza, hermosa
Y con mil cualidades, era claro
Que hacía de Cabral cuanto quería,
Y hasta la bolsa, á su pesar, le abría.

Doña Clara, además de su hermosura
(Porque este era su nombre: doña Clara),
Que en verdad parecía una pintura,
Tenía un cierto no sé qué en la cara
Y una cierta expresión en la figura,
Que el más hábil pintor no la pintara,
Y un mirar, y un reir con un salero
Capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevísimo y pulido
Que apenas al andar dejaba huellas,
Al ondular las faldas del vestido
Podíanse entrever sus formas bellas:
La encarnadura, el torno, el colorido
Que adivinaba el pensamiento en ellas
Contrastaban lo fino, lo gracioso,
De su talle flexible y voluptuoso.

Además al tocar el forte piano
Si no igualaba á Adán en la destreza,
Le excedía en lo lindo de la mano
Y en llevar el compás con la cabeza;
Su voz era un dulcísimo soprano:
Ni diré que cantara con limpieza,
Mas si algún desentono cometía,
Su buena dentadura lo suplía.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,
¿Dónde encontrar un corazón tan frío
Que á tantas cualidades resistiera?
Seguro está de que no sería el mío,
Y si tan arrogante alguno hubiera
Que quisiese aceptar el desafío,

En mirando bailar á doña Clara
Las orejas apuesto á que la amara.

Don Alejo la vió y un cierto fuego
De nueva calidad sintió en el alma,
Desazón, inquietud, desasosiego,
Que le robaban su primera calma:
Bien habría querido desde luego
Añadir á las otras esa palma,
Grabar en su blasón esa conquista,
Ese nombre agregar á aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa
Con mujer tan preciada y orgullosa,
Que se tenía en más que una princesa
Y tenía más humos que una diosa:
Mujer que su virtud guardaba ilesa
Por vanidad y no por otra cosa;
Ni este orgullo salíale á la cara;
Que antes era un almibar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
El audaz don Alejo vacilaba,
Que nunca había cosa tal sentido
Como la que esta bella le inspiraba.
Por más planes que hubiese concebido,
Así que en su presencia se encontraba,
Todo el plan se cambiaba en un enredo,
En duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver
Esta pasión, no lo sabré decir;
Pues nada sé de astucias de mujer,
Ni aventuro sobre ellas mi sentir.
Mucho menos alcanzo á comprender
En qué diablos podía consistir
Que se viesen á tarde y á mañana
Él en su calle y ella en su ventana.

Pasaba don Alejo y revolvió
Y volvía á pasar y la miraba,
Y ella ni aun advertirlo parecía
Sino cuando al pasar la saludaba.
Entonces al saludo respondía;
Mas nada en sus maneras demostraba
Que le diese importancia á tal cortejo,
De que se daba al diablo don Alejo.

En esta situación, en este empeño
El tiempo se pasaba, y el amante
Iba perdiendo el apetito, el sueño
Y la antigua alegría del semblante.
Á la luz de los ojos de su dueño
Ardía el infeliz solicitante
Rondando en torno de la bella dama
Cual mariposa en torno de la llama.

¿De cuándo acá tan tímido y cobarde?
Se decía á sí mismo con despecho:
¿Por qué ocultar las llamas en que arde
Callado el corazón dentro del pecho?
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde
Mejor será temprano: dicho y hecho:
Y la primera vez que la vió sola,
Acercóse á la reja y saludóla.

Don Alejo en sus mientes cavilando
Lindas frases había prevenido
Para decir su amor en tono blando,
Patético, elocuente y comedido
Cual convenía al caso; pero cuando
Vió faz á faz al dueño apeteído,
Sin poder proferir un solo acento
Perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso
Midiendo la distancia se prepara,
Y toma espacio y lánzase animoso,

Y corre al borde, y súbito se para
Arredrado del salto peligroso:
Del mismo modo al ver á doña Clara
Arrugar el hermoso sobrecejo,
Se quedó como estatua don Alejo.

Y ella viendo pintado su desmayo
En la cara angustiada que tenía,
Que herido parecía estar del rayo,
Tomó un aire de trisca y de ironía,
Y su rostro inclinando de soslayo,
Le dijo con maligna cortesía
Y risa entre burlona y desdeñosa:
«¿Iba usted á decirme alguna cosa?»

«Mal la mujer conoce quien presume,
Á fuerza de suspiros obligarla;
En vano se desvive y se consume
En su necia pasión sin explicarla.
Valor, audacia: en esto se resume
La ciencia del amor y el resto es charla.»
Mas no penséis que esta sentencia es mía:
La digo porque Byron la decía.

Cuando alzó don Alejo la cabeza
Para reconvenir á la inhumana
Por su feo desdén y su crudeza,
Mano á mano se halló con la ventana.
Atónito, corrido, en su fiereza
Clamaba á Lucifer con furia insana,
Y al marcharse tirándose del pelo
Oyó una carcajada: ¡qué consuelo!

No bien llegó á su casa el desdichado,
De infanda saña el corazón henchido,
Que se echó en su sillón desesperado,
Descompuesto el cabello y el vestido:
Y luego levantóse endemoniado,
Y exhalando un sordísimo gemido,

Se puso á pasear como demente,
Pronunciando el monólogo siguiente:

«Lengua de Barrabás, que en los pasados
Tiempos, para mentir falsos amores,
Veloz, en gabinetes y en estrados,
Parecías redoble de tambores,
A manera de ciertos diputados
Que quisieran pasar por oradores:
¿Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
Hoy que decir una verdad quisiste?»

Hizo una breve pausa y levantando
La voz, como cantor en un *crescendo*
Que comienza en acento sordo y blando
Y progresivamente va subiendo,
Apostrofó á su ingrata, declamando
Versos de Shakespeare; mas traduciendo
Con la fidelidad con que interpreta
Cierta arenga de un belga la gaceta.

«*A woman sometimes scorns what best contents*»
Fué el texto que tomó: texto que quiere
Decir que algunas veces la mujer
Hace burla de aquello que prefiere:
Y que lo que más finge aborrecer
Es lo mismo tal vez por que se muere;
Ni de su burla hay que asustarse tanto,
Que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto*.

Todo esto no lo dice sólo el texto,
Ni hay idioma en el mundo tan lacónico
Que pueda en un renglón decir todo esto,
Inclusos el romano y el teutónico.
Mas los últimos versos son del resto
De un discurso satírico y sardónico
Que dice, no me acuerdo qué persona
Del drama *Los Hidalgos de Verona*.

Y prosiguió: «¡Mujer, yo te aborrezco!
¡Mujer falaz, artificiosa, ingrata!
Al escuchar tu nombre me enfurezco
Porque es tu nombre tósigo que mata!
Yo no quiero tu amor: yo no apetezco
Tu corrompido corazón de plata
Que sólo vibra al retintín del oro!
Mujer..... ¡maldita seas!..... yo te adoro.....»

»Yo te adoro..... es decir, á pesar mío:
Te aborrezco y te adoro juntamente,
Como se juntan el calor y el frío
En el sudor glacial que arde mi frente:
Yo perdonara tu desdén impío;
¡Mas antes me arrojara en un torrente
Que perdonarte tu sangrienta mofa!»
(Es algo metafísica esta estrofa.)

Dijo luégo entre dientes otras cosas
De manera que apenas se entendían
Sino algunas palabras injuriosas
Que acaso sin querer se le salían:
Como *necias..... coquetas..... veleidosas.....*
Y otras que bien presumo cuál serían;
Ya se ve, don Alejo estaba loco;
Pero se fué calmando poco á poco.

¡Oh amor..... (este episodio es excelente,
El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el agua de una fuente).
¡Oh amor..... (y buen trabajo me ha costado)
¡Oh amor inconcebible, inconsecuente,
¿Qué nombre te daré (poned cuidado)
Si á veces, más que amor, pareces odio?
(Arrogante principio de episodio!)

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
Símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,

Un simple antojo, una ilusión fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
Que roe una existencia maldecida.
No hay del amor definición correcta
Y la da cada cual según su secta.

Preguntad á Platón: en su sistema
Es el amor un sentimiento puro,
Una llama invisible que no quema
Y qué sé yo.—La escuela de Epicuro
Niega la esencia de esta unión suprema
Y nos pinta el amor carnal, impuro;
Aunque no fué Epicuro tan sensual,
Mas Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina,
Fundó Rousseau la suya en la pureza
Del amor de Platón, al cual se inclina,
Y cree que por exceso de flaqueza
Tenemos que ceder á la rutina
De nuestra material naturaleza;
Mas que, aplacado un tanto este incentivo,
Vuela el alma al amor contemplativo.

Entre tantas escuelas y secciones
Sobre esta gran cuestión de *Erología*
En que están divididos los campeones
De la moral y la filosofía,
Y entre este laberinto de opiniones,
La que prefiero á todas es la mía;
Y pues viene de perlas, os haré
Una sincera profesión de fe.

Yo creo en el *amor sentimental*,
Y creo en la *amistad del corazón*,
Y en el *gusto*, también, *condicional*
De Rousseau, de Voltaire, de Richardsón
(Con acento en la sílaba final):
Creo en la *simpatía*, en la *atracción*